

# Globalidad y Multilateralismo\*

JOSÉ MARÍA PÉREZ GAY \*\*

En su libro “México y el orden internacional”, Jorge Castañeda y Álvarez de la Rosa, señalaba en 1956, que: “México no tiene intereses directos de carácter político territorial estratégico o si quiera económicos, allende de sus fronteras. Como ocurre con todas las grandes potencias, no ejerce hegemonía sobre otras regiones ni tiene intereses propios y directos que proteger en las zonas que son foco de tensión internacional”.

Cincuenta años después de la publicación del libro de Jorge Castañeda, padre, México y el mundo han cambiado de un modo radical. México se ha convertido en una democracia incipiente, el candidato a la Presidencia del partido hegemónico perdió las elecciones en el 2000, la lucha de las organizaciones no gubernamentales es cada día más intensa, el respeto a los derechos humanos ha cobrado penosa y gradualmente una realidad en la acción combinada de sociedad y gobierno mexicanos.

El flujo y reflujo de información ha educado a grupos, si no muy amplios, sí cada vez más numerosos de la sociedad mexicana en materia de política exterior.

El combate contra el crimen organizado es una cuestión de salud pública, de lucha contra la corrupción y de seguridad nacional; pero el esfuerzo nacional es sólo un eslabón más en una larga carrera de responsabilidades internacionales, contra la delincuencia.

Decía Boris Pasternak, el escritor ruso, “que la historia era como la hierba, nunca la escuchamos crecer y sólo cuando alcanza dimensiones extraordinarias, la registramos en nuestra memoria”.

El último hueco de la historia ha sido el crecimiento y la consolidación de los 20 millones de trabajadores emigrantes mexicanos en los Estados Unidos.

Pero si en algún momento se ha revelado el más rotundo fracaso de la política económica neoliberal, no ha sido en el sentido estricto que le daba el economista austriaco August Fridik Wonhayek, sino a la mexicana ha sido en este punto.

---

\* Ponencia presentada en el marco del Consejo Consultivo para un Proyecto Alternativo de Nación 2006-2012, en el Foro “Dignidad de la República”, celebrado el 3 de mayo de 2006 en la Ciudad de México.

\*\* Licenciado en Ciencias y Técnicas de la Información por la Universidad Iberoamericana y Doctor en Filosofía y Germanística por la Universidad Libre de Berlín. Fue director del cultural canal 22 de televisión. Además de escritor, traductor. Forman parte de sus obras las novelas: *La difícil costumbre de estar lejos* y *Tu nombre es el silencio*; y el ensayo *El imperio perdido o las Claves del Siglo*. Fue Embajador de México en Portugal (2001-2003) y actualmente es Asesor de Política Exterior del Candidato de la Coalición: “Por el Bien de Todos”, Andrés Manuel López Obrador.

A partir de 1982 han abandonado el país, como lo hemos escuchado, millones de trabajadores temporales, es decir, hombres y mujeres que se desplazan a los Estados Unidos durante un periodo ilimitado, con el fin de conseguir empleo.

Durante el gobierno del Presidente Vicente Fox, han abandonado el país dos millones de mexicanos.

Samuel Huntington, el ideólogo de la antiglobalización y el miedo, se aterra ante la hispanización de los Estados Unidos. Huntington, que encabeza las listas del *best seller* en todo el mundo, nos habla del choque de civilizaciones.

Después de las manifestaciones de los hispanos, el 90 por ciento son mexicanos. En los últimos días en ciudades de los Estados Unidos lo que salta a la vista es que no hay un choque de civilizaciones, no creo que exista, porque la civilización mediterránea es aglutinante y abarcadora, es una civilización en la que pertenecen por igual el cristianismo y el Islam y toda la herencia grecorromana.

No creo que haya un choque de civilizaciones, porque ni el barbarismo ni el humanismo son monopolio de nadie.

Hemos demostrado a lo largo del último Siglo, sin ir más lejos, que todos los países y todas las culturas son capaces de actos de barbarie y de salvajismo increíbles.

Hoy, el sistema capitalista está en una gran encrucijada, ha dicho Joseph Stiglitz, semejante al de la Gran Depresión.

En la década de 1930 el Capitalismo se salvó gracias a Keynes, que pensó en políticas para crear empleos, en rescatar a los que sufrían por el colapso de la economía global.

Ahora, millones de personas en todo el mundo esperan ver si la Globalización puede ser reformada, de modo que sus beneficios puedan ser más amplios y más ampliamente compartidos.

Hay tres mil millones de personas, la mitad de la humanidad que viven en el hambre, sin techo, sin educación, pero tienen pantallas de televisión y ven otro mundo que les parece inalcanzable totalmente, un mundo de prosperidad, motorizado, depilado, sonriente, que nunca será nuestro mundo, dicen ellos.

Esto puede generar espirales de terrorismo y de violencia increíbles, como demuestra lo que pasó el 11 de septiembre.

Por eso es tan urgente que cuanto antes se ponga en práctica y se realice una conferencia multilateral para la paz y el desarrollo.

En la Unión Europea se gastan 11 mil millones de dólares en consumo de helados. Con eso bastaría para sentar un pupitre con pizarrón en una escuela a todos los niños del llamado mundo en desarrollo. Esos son datos que proporciona Federico Mayor, exdirector de la UNESCO.

De manera que en vista de lo sucedido tenemos que llegar al acuerdo global, a un acuerdo global de muy buen alcance, basado en la buena voluntad, pero también con un sentido de autoprotección, porque si las grandes potencias, empezando por los Estados Unidos, no se dan cuenta de las causas profundas de lo que ha ocurrido vamos a vivir una espiral de violencia y no vamos a salir nunca de esa ratonera en que podemos meternos si no reaccionados con una salida diplomática y política con altura de miras, con una gran vocación para que el Siglo XXI sea digno para los seres humanos, algo que por el momento no lo es y parece que no lo va a ser. No se puede aceptar que la Globalización sólo mundialice la miseria.

La política exterior del Presidente Fox no sólo ha sido errática, sino que ha convertido a ciertas zonas, como América Latina o la Unión Europea en zonas de devastación diplomática bilateral y multilateral.

La mejor política exterior, ha dicho Andrés Manuel López Obrador, es la política interior; pero es imposible, agrega, gobernar en un océano de desigualdad.

Hay que rescatar nuestra política exterior con América Latina. México ha tenido entendimientos políticos importantes con esta región.

En el decenio de los 80 el Consenso de Cartagena, instrumento político integrado por 11 países latinoamericanos, con México como actor destacado, hizo posible fijar los términos y las condiciones de la negociación de la deuda externa y alcanzar un acuerdo satisfactorio con los acreedores gubernamentales y los de la banca privada.

El Consenso es el antecedente necesario de *Tambrade* y fue un elemento central para componer un serio problema económico de todos los países latinoamericanos. México jugó un papel fundamental en la organización del Consenso y en la obtención de sus resultados al reestructurar su propia deuda y al transmitir la ingeniería financiera a otros países latinoamericanos miembros del Consenso.

En el decenio de los 80 el Grupo de los Ocho, Argentina, Brasil, Colombia, México, Panamá, Perú, Uruguay, fue importante por su eficacia política en una serie de tareas diplomáticas que incluyó la pacificación centroamericana, coordinó posiciones en Naciones Unidas y en la OEA actuando uniformemente de manera conjunta; fue interlocutor político de la Comunidad, hoy Unión Europea, para definir y promover intereses conjuntos.

Hemos dejado a un lado, durante los últimos seis años de política exterior, a la Unión Europea. Con los Estados Unidos hemos mantenido un diálogo y se mantuvo un diálogo continuo destinado a transmitir a ese gobierno las preocupaciones políticas y económicas de la región latinoamericana, impulsó ante sus miembros proyectos políticos y económicos bilaterales; fue el órgano responsable de instituir la celebración de reuniones presidenciales periódicas, iniciándose el proceso con la Cumbre de 87. La presencia mexicana en esta herramienta latinoamericana fue indiscutible, la utilidad para los intereses mexicanos enormes.

No podemos perder estos logros, necesitamos recobrar el papel de mediadores, no podemos permanecer sólo en las tierras del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá.

Pero también debemos rescatar nuestras relaciones con la Unión Europea. Europa ha sido otra de las regiones abandonadas por la política exterior de este gobierno en los últimos seis años. Nuestro Tratado de Libre Comercio ha sido ignorado y casi intocado.

La grandeza misma del país, sus realizaciones materiales, políticas y culturales a lo largo de este ciclo son las realidades que nos piden más y mejores deducciones para los problemas de hoy, muchos de ellos generados por la desigualdad; pero otros determinados por la persistencia de antiguas, antiquísimas injusticias y desigualdades.

Es imposible gobernar, como ha dicho el licenciado López Obrador, en un océano de desigualdades.

Podríamos levantar aquí mismo, en este lugar, una pirámide de agravios: agravio del indígena, agravio del campesino, agravio del obrero, agravio del inmigrante, agravio del ciudadano que respira el aire contaminado, agravio del niño sin escuela, de la madre sin alimentos o del padre sin empleo.

No aceptamos una Globalización que sólo mundialice la miseria. Y ello puede ocurrir y está ocurriendo si apelamos a los datos negativos del fenómeno. Corremos el riesgo de crear mundialmente una subclase estructural permanentemente excluida de las bondades de un sistema de darwinismo global que sólo beneficia a los más aptos y deja a la vela del camino y desprotegidos a quienes se quedan atrás de la carrera, la creciente masa de los marginados.

¿Cómo resolver esta situación? Más que con la ayuda desde afuera nos toca pensar cómo podemos ayudar desde adentro.

Es posible referirse una y otra vez a los datos negativos del fenómeno globalizador y a la manera de superarlos. La lógica especulativa debe ceder ante la lógica productiva.

La libertad de movimiento de las cosas, de las mercancías no debe privar sobre la libertad y el movimiento de los trabajadores. Las cosas son libres, los trabajadores son cautivos, pero el trabajador migratorio es indispensable a las economías desarrolladas en la era globalizada.

El trabajador migratorio no debe ser el chivo expiatorio de problemas y de diferencias propias en un mundo desarrollado.

No hay, en ese sentido, una política multilateral sin una gobernanza interior concluyente. En otras palabras, no hay participación global sana que no parte de una gobernanza local sana, y la gobernanza local necesita de sectores públicos privados, fuertes y renovados.

El Estado es necesario, el Estado no es superfluo, no hay economía desarrollada que no cuente con un Estado no grande, sino fuerte, no propietario, sino regulador.

Y le conviene al sector privado colaborar con el Estado y las políticas de elevación de ahorro interno, capacitación de trabajadores, fomento de la conversión laboral, la ampliación del acceso al crédito, la asistencia técnica en los sistemas de comercialización, que sólo una política exterior multilateral nos puede dar.

La sociedad sin Estado genera nuevos feudalismos neoliberales y monopolios, pero el Estado sin sociedad degenera en nuevos autoritarismos.

*Valte Dayamin*, el crítico alemán lo dijo de un modo contundente: “*Sólo por aquellos que no tienen esperanza, no se está dada la esperanza*”.